



Domingo XXIII Tiempo Ordinario - C

Lo que exige el ser cristiano.

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Sab 9,13-19: ¿Quién comprende el designio de Dios?

Salmo 89: Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación

Fil 9-10.12-17: Recíbelo, no como esclavo, sino como hermano querido

Lc 14,25-33: Quien no renuncia a todo no puede ser mi discípulo

«Quien no renuncia a todo no puede ser mi discípulo»

En aquel tiempo, caminaba con Jesús mucha gente; él, volviéndose a sus discípulos, les dijo:



«Si alguno quiere seguirme y no me prefiere a su padre y a su madre, y a su esposa y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo. El que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de ustedes, si quiere construir una torre, no se pone primero a calcular el costo, para ver si tiene para terminarla? No sea que, después de todos los que se enteren

haber echado los cimientos no pueda acabarla, y comiencen a burlarse de él diciendo:

“Este hombre comenzó a construir y no pudo terminar”.

¿O qué rey, si va a combatir a otro rey, no se pone primero a considerar si será capaz de salir con diez mil soldados al encuentro del que viene contra él con veinte mil? Porque si no, cuando el otro está todavía lejos, enviará una embajada para proponerle condiciones de paz.

Así pues, cualquiera de ustedes que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo».

Palabra del Señor

¡Un seguimiento radical!

Para ser cristiano, en realidad, la Iglesia, habitualmente, exige muy poco. Se bautiza a los niños recién nacidos y apenas se exige nada a sus padres; todo lo más, la asistencia a unas charlas preparatorias del acto del bautismo y un vago compromiso de educar en cristiano al niño según la ley de Dios y los mandamientos de la Iglesia. Sin embargo, esto no era así al principio. Para ser discípulo, Jesús ponía unas duras condiciones, que llevaban a quien quería serlo a pensárselo seriamente. Pocos seríamos cristianos, si para ello tuviéramos que cumplir las tres condiciones que, llegado el caso, Jesús exige a sus discípulos. Y decimos "llegado el caso", porque estas tres formulaciones del evangelio de hoy que vamos a comentar son "formulaciones extremas"; representan la meta utópica que no debemos perder de vista, y debemos estar dispuestos a alcanzarla en el seguimiento de Jesús.

Por la primera ("si uno quiere venirse conmigo y no me prefiere a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío"), el discípulo debe estar dispuesto a subordinarlo todo a la adhesión al maestro. Si en el propósito de instaurar el reinado de Dios, evangelio y familia entran en conflicto, de modo que ésta impida la implantación de aquél, la adhesión a Jesús tiene la preferencia. Jesús y su plan de crear una sociedad alternativa al sistema mundano están por encima de los lazos de familia.

Por la segunda ("quien no carga con su cruz y se viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío"), no se trata de hacer sacrificios o mortificarse, como se decía antes, sino de aceptar y asumir que la adhesión a Jesús conlleva frecuentemente la persecución por parte de la sociedad, persecución que hay que aceptar y sobrellevar conscientemente como consecuencia del seguimiento. Por eso es necesario no precipitarse, no sea que prometamos hacer más de lo que podemos cumplir. El ejemplo de la construcción de la torre que exige hacer una buena planificación para calcular los materiales de que disponemos, o del rey que planea la batalla precipitadamente, sin sentarse a estudiar sus posibilidades frente al enemigo, es suficientemente ilustrativo.

La tercera condición ("todo aquel de ustedes que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío") nos parece excesiva. Por si fuera poco dar la preferencia absoluta al plan de Jesús y estar dispuesto a sufrir persecución por ello, Jesús exige algo que parece está por encima de nuestras fuerzas: renunciar a todo lo que se tiene. Se trata, sin duda, de una formulación extrema, paradigmática, que hay que entender. El discípulo debe estar dispuesto incluso a renunciar a todo lo que tiene, si esto es obstáculo para poner fin a una sociedad injusta en la que unos acaparan en sus manos los bienes de la tierra que otros necesitan para sobrevivir. El otro tiene siempre la preferencia. Lo propio deja de ser de uno, cuando alguien lo necesita para vivir. Solo desde el desprendimiento se puede hablar de justicia, solo desde la pobreza se puede luchar contra ella. Solo desde ahí se puede construir la nueva sociedad, el Reino de Dios, erradicando la injusticia de la tierra.

Para quienes quitamos con frecuencia aguijón al evangelio y nos gustaría que las palabras y actitudes de Jesús fuesen menos radicales, leer este texto resulta duro, pues el Maestro nazareno es tremendamente exigente.

No en vano el libro de la Sabiduría formula hoy a modo de interrogante la dificultad que tiene conocer el designio de Dios y comprender lo que Dios quiere. Será necesario para ello recibir de Dios sabiduría y Espíritu Santo desde el cielo para adecuar nuestra vida a la voluntad de Dios manifestada por Jesús. Necesitamos ir contra corriente y tener la capacidad de renuncia total que pide el evangelio y a la que debemos estar dispuestos, llegado el caso. Pero esto que en el evangelio se nos propone como exigencias radicales de Jesús hoy no es tanto el comienzo del camino, sino la meta a la que debemos aspirar, aquello a lo que debemos tender, si queremos seguir a Jesús. Tal vez no llegemos nunca a vivir con esa radicalidad las exigencias de Jesús, pero no debemos renunciar a ello, por más que nos encontremos a años luz de esa utopía.

Si se hiciera realidad en la humanidad esta condición básica que Jesús pide para su seguimiento, se resolvería también el problema de la crisis ecológica, que en definitiva está producido por el maltrato, la explotación, la depredación a los que el sistema económico y de producción mundializado somete a la naturaleza, igual que a muchedumbres pobres asalariadas. El bien que persigue el Reino de Dios (*ubi bonum, ibi Regnum*) no es solo para el mundo humano, sino para todo el mundo, para el planeta y toda la comunidad de la vida que en él ha surgido...

En su Carta a Filemón, Pablo nos brinda una consecuencia concreta del seguimiento, y las necesarias renunciaciones a los propios bienes. Por haber abrazado la propuesta del evangelio, Onésimo ha dejado de ser un esclavo para ser un hermano de Filemón. Mediando la caridad y la buena voluntad de éste, quizá también se convierta en colaborador del apóstol que se encuentra encarcelado. Este ejemplo ilustra también lo que indica el libro de la Sabiduría de acuerdo al dicho popular que reza: "Dios escribe derecho en renglones torcidos". No es tarde para sentarnos a reflexionar sobre las cosas más importantes de nuestra vida... Sea para confirmar las opciones realizadas, sea para reconocer con humildad que nos hemos equivocado. Si meditamos las palabras del evangelio... ¿qué diría nuestro corazón?

Discipulos en serio

Recordemos que el seguimiento que Jesús le indica a los discípulos es hacia Jerusalén, lugar de la cruz: “Si alguien quiere seguirme y no me prefiere a su padre, a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, más aún a sí mismo, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Evangelio).

La disyuntiva no es rechazar el amor humano para optar por el seguimiento a Jesucristo, sino elegir entre una humanidad deshumanizada, que puede darse incluso con los más cercanos del amor humano y la plenitud de humanidad en el seguimiento de Jesucristo crucificado y resucitado. El humanismo de Jesús es la razón más profunda para seguirlo.

La evangelización por ser seguimiento es itinerario hacia la cruz y no puede encerrarse en afectos por muy cercanos y estimables que sean. Así lo explica el evangelio de San Juan: “El que ama su vida la pierde, y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor” (Jn 12,25-26). Odiar es una expresión semítica que significa retirarse a otra parte o distanciarse de alguien o alguna cosa; no es un sentimiento de odio. Odiar la vida no es una vocación al desprecio de sí mismos, sino más bien la precedencia que tiene Jesús sobre todo clase de relaciones y seguimientos.

Repensar las vidas destruidas

Para ser discípulos de Jesús hay que reflexionar, medir las propias fuerzas, que equivale a la confianza que tenemos en la palabra de Dios que es Jesucristo, con la certidumbre de que “lo que es imposible para nosotros es posible para Dios”. El seguimiento no puede ser una experiencia de autosuficiencia egolátrica o temeraria, por el contrario, se necesita sentarse a reflexionar (orar) para ser bien concretos y maduros en la construcción de la propia vida y la vida de los demás, pero sobre todo, de quienes la tienen destruida; No se trata de hacer un simple mandado o llevar una encomienda, sino de llevar la cruz propia y la(s) del prójimo a ejemplo del Jesús crucificado y resucitado. Los crucificados de Jerusalén llevaban sus cruces con el aviso de sus propias faltas. A nosotros el crucificado nos permite llevar las faltas propias y ajenas en comunión con Él como signo de confianza en la resurrección que le dio su padre Dios y nos dará nos dará nuestro padre Dios en Jesucristo.

¿Conversión exprés?

Los seguimientos y conversiones repentinas o entusiasmos rápidos no hacen parte al menos del evangelio de Lucas; Jesucristo vino no a levantar emociones, sino a salvar. Al evangelista le convence más el proyecto del constructor que quiere edificar una torre, pero calcula costos para poder terminarla; y el rey que ve si puede salir a la guerra con un número de soldados en cifra menor de los que cuenta el enemigo y busca arreglos previos, enviando una embajada con ánimo de paz para salvar su ejército. Es interesante ver cómo las fuerzas del discípulo se ejemplarizan con un proyecto de construcción y una

acción bélica sensata contra el mal. La disponibilidad del seguimiento está en la capacidad de no confiar en los propios bienes u otras fuerzas personales. Un buen ejemplo es Zaqueo y un mal ejemplo es el joven rico (Mt 19; Lc 18). Así, entonces, las condiciones de un verdadero discípulo son: subordinar las relaciones familiares, los bienes materiales y el propio ego, al seguimiento de Jesús.

¿Quién es el hombre que puede conocer los designios de Dios? ¿Quién es el hombre que puede saber lo que Dios tiene dispuesto? ¿Quién conocerá tus designios, si tú no das la sabiduría, enviando tu Santo Espíritu desde lo alto? Solo con esta sabiduría lograron los hombres enderezar sus caminos y conocer lo que te agrada. Solo con esa sabiduría se salvaron, Señor, los que te agradaron desde el principio” (Primera lectura Sab 9,13-18).

Los frutos de bautismo

Con la sabiduría de su ancianidad y discernimiento que da la experiencia del crucificado resucitado, el Espíritu que actuaba en su interior por el bautismo, Pablo ofreció a su hijo engendrado en la fe, Onésimo, para que fuera discípulo-hermano de Filemón, de quien antes había sido su esclavo. Por tanto, si me consideras como compañero tuyo, recíbelo como a mí mismo” (segunda lectura).

“Nuestra vida es tan breve como un sueño, semejante a la hierba que florece y despunta por la mañana y por la tarde se marchita y se seca. Enséñanos a ver lo que es la vida (el seguimiento) y seremos sensatos. Llénanos de tu amor por la mañana y júbilo será la vida toda. Haz Señor que tus siervos, puedan mirar tus obras y tu gloria” (Sal 89).

Seguir a Jesús significa compartir su amor misericordioso

Ángelus del papa Francisco en San Pedro, 8 de septiembre de 2013

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy Jesús insiste acerca de las condiciones para ser sus discípulos: no anteponer nada al amor por Él, cargar la propia cruz y seguirle. En efecto, mucha gente se acercaba a Jesús, quería estar entre sus seguidores; y esto sucedía especialmente tras algún signo prodigioso, que le acreditaba como el Mesías, el Rey de Israel. Pero Jesús no quiere engañar a nadie. Él sabe bien lo que le espera en Jerusalén, cuál es el camino que el Padre le pide que recorra: es el camino de la cruz, del sacrificio de sí mismo para el perdón de nuestros pecados. Seguir a Jesús no significa participar en un cortejo triunfal. Significa compartir su amor misericordioso, entrar en su gran obra de misericordia por cada hombre y por todos los hombres. La obra de Jesús es precisamente una obra de misericordia, de perdón, de amor. ¡Es tan misericordioso Jesús! Y este perdón universal, esta misericordia, pasa a través de

la cruz. Pero Jesús no quiere realizar esta obra solo: quiere implicarnos también a nosotros en la misión que el Padre le ha confiado. Después de la resurrección dirá a sus discípulos: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo... A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (*Jn* 20, 21.23). El discípulo de Jesús renuncia a todos los bienes porque ha encontrado en Él el Bien más grande, en el que cualquier bien recibe su pleno valor y significado: los vínculos familiares, las demás relaciones, el trabajo, los bienes culturales y económicos, y así sucesivamente. El cristiano se desprende de todo y reencuentra todo en la lógica del Evangelio, la lógica del amor y del servicio.

Para explicar esta exigencia, Jesús usa dos parábolas: la de la torre que se ha de construir y la del rey que va a la guerra. Esta segunda parábola dice así: «¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz» (*Lc* 14, 31-32). Aquí, Jesús no quiere afrontar el tema de la guerra, es sólo una parábola. Sin embargo, en este momento en el que estamos rezando fuertemente por la paz, esta palabra del Señor nos toca en lo vivo, y en esencia nos dice: existe una guerra más profunda que todos debemos combatir. Es la decisión fuerte y valiente de renunciar al mal y a sus seducciones y elegir el bien, dispuestos a pagar en persona: he aquí el seguimiento de Cristo, he aquí el cargar la propia cruz. Esta guerra profunda contra el mal. ¿De qué sirve declarar la guerra, tantas guerras, si tú no eres capaz de declarar esta guerra profunda contra el mal? No sirve para nada. No funciona... Esto comporta, entre otras cosas, esta guerra contra el mal comporta decir no al odio fratricida y a los engaños de los que se sirve; decir no a la violencia en todas sus formas; decir no a la proliferación de las armas y a su comercio ilegal. ¡Hay tanto de esto! ¡Hay tanto de esto! Y siempre permanece la duda: esta guerra de allá, esta otra de allí —porque por todos lados hay guerras— ¿es de verdad una guerra por problemas o es una guerra comercial para vender estas armas en el comercio ilegal? Estos son los enemigos que hay que combatir, unidos y con coherencia, no siguiendo otros intereses si no son los de la paz y del bien común.

Queridos hermanos, hoy recordamos también la Natividad de la Virgen María (...) Jesús es el sol, María es la aurora que anuncia su nacimiento. La invocamos ahora como Reina de la paz. Reina de la paz, ruega por nosotros. Reina de la paz, ruega por nosotros.

No de cualquier manera

P. José Antonio Pagola

Jesús va camino de Jerusalén. El evangelista nos dice que le “acompañaba mucha gente”. Sin embargo, Jesús no se hace ilusiones. No se deja engañar por entusiasmos fáciles de las gentes. A algunos les preocupa hoy cómo va descendiendo el número de los cristianos. A Jesús le interesaba más la calidad de sus seguidores que su número.

De pronto “se vuelve” y comienza a hablar a aquella muchedumbre de las exigencias concretas que encierra el acompañarlo de manera lúcida y responsable. No quiere que la gente lo siga de cualquier manera. Ser discípulo de Jesús es una decisión que ha de marcar la vida entera de la persona.

Jesús les habla, en primer lugar de la familia. Aquellas gentes tienen su propia familia: padres y madres, mujer e hijos, hermanos y hermanas. Son sus seres más queridos y entrañables. Pero, si no dejan a un lado los intereses familiares para colaborar con él en promover una familia humana, no basada en lazos de sangre sino construida desde la justicia y la solidaridad fraterna, no podrán ser sus discípulos.

Jesús no está pensando en deshacer los hogares eliminando el cariño y la convivencia familiar. Pero, si alguien pone por encima de todo el honor de su familia, el patrimonio, la herencia o el bienestar familiar, no podrá ser su discípulo ni trabajar con él en el proyecto de un mundo más humano.

Más aún. Si alguien solo piensa en sí mismo y en sus cosas, si vive solo para disfrutar de su bienestar, si se preocupa únicamente de sus intereses, que no se engañe, no puede ser discípulo de Jesús. Le falta libertad interior, coherencia y responsabilidad para tomarlo en serio.

Jesús sigue hablando con crudeza: “Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser mi discípulo”. Si uno vive evitando problemas y conflictos, si no sabe asumir riesgos y penalidades, si no está dispuesto a soportar sufrimientos por el reino de Dios y su justicia, no puede ser discípulo de Jesús.

No se puede ser cristiano de cualquier manera. No hemos de confundir la vida cristiana con formas de vivir que desfiguran y vacían de contenido el seguimiento humilde, pero responsable a Jesús.

Sorprende la libertad del Papa Francisco para denunciar estilos de cristianos que poco tienen que ver con los discípulos de Jesús: “cristianos de buenos modales, pero malas costumbres”, “creyentes de museo”, “hipócritas de la casuística”, “cristianos incapaces de vivir contra corriente”, cristianos “corruptos” que solo piensan en sí mismos, “cristianos educados” que no anuncian el evangelio...